



El entierro

Gabriel Mejía

Facultad de Filosofía y Letras



Presentamos aquí el segundo cuento del ganador del Concurso José Emilio Pacheco 1997, en la FES-Zaragoza, UNAM.

Las personas se reúnen de manera solemne para contemplar una innovación en el ceremonial de las pompas fúnebres.

Ya en el panteón, los dolientes se encuentran esperando el momento en el cual le dirán el adiós definitivo.

Los parientes y amigos, aparentemente tranquilos, sin importarles no haber pegado los ojos, apenas acompañados de un poco de café con su respectivo licor. Algunos esperan sobre tumbas de mármol, invadiendo el paisaje blancuzco y el pasto verde, que refleja la armonía entre la vida y la muerte.

Un grupo de mujeres llora. De vez en cuando un aullido provoca un eco de silencio que termina perdiéndose en la inmensa planicie. Se siente el aire golpear los rostros y cómo se introduce hasta los huesos; la sangre se enfría casi al punto de congelarse.

La nostalgia acompaña a las últimas personas que arriban. El sacerdote inicia la ceremonia. Varias coronas florales con un listón, en el cual

se encuentran palabras impresas de condolencia y el nombre de la familia que las envía, descansan junto a la fosa. Todo está listo para hacer descender el ataúd; tras las palabras finales del sacerdote, es colocado cuidadosamente en el lugar de donde no habrá de moverse jamás. El llanto y las palabras de despedida de la mayoría de la gente se intensifican.

En ese momento, Trinidad Villafuerte, la nueva difunta, se levanta del lugar desde donde ha observado su pomposa ceremonia fúnebre. Camina en dirección a la fosa, pasando entre la gente, sin mirarla. Ya en la orilla desciende con la ayuda del sacerdote; abre el ataúd, se coloca dentro de él, da una última mirada al cielo y cierra los ojos.

Uno de los condolientes baja a sellar la caja y comienzan a arrojar la tierra para cubrir la fosa. Los presentes empiezan a retirarse en medio de una desesperanza que los acompañará durante un largo tiempo.

